

Queridos mondragoneses

Acabamos de escuchar que uno de los defectos de que adolecemos es el "caracolismo". El caracol y su manera de obrar es un símbolo de nuestra manera de proceder. Siempre tenemos a mano con qué defendernos o en qué guarecernos. Fácilmente nos encerramos en la concha de nuestro egoísmo o cobardía. Alegaremos discreción cuando lo que tenemos es excesivo espíritu de comodidad, apelaremos hábilmente a la prudencia cuando en realidad no hay más que egoísmo y así vamos procediendo al ritmo que permite nuestra seguridad o bienestar.

Junto a este mal yo me atrevería a señalar uno más, que llamaría el "uniformismo". No solamente estamos en la época en que por encima de todo se trata de salvar las apariencias, las formas externas, sino también en el mundo en el que teniendo eso creemos que se tiene todo.

Debía ser el siglo pasado en el que Francia e Inglaterra se traían entre sí litigios que hacían presagiar una inminente guerra. Por lo visto había muchos ingleses, la mayoría que miraban con confianza a su porvenir. Entonces hubo en Inglaterra un célebre pensador y escritor Tomás Carlyle que lanzó a sus conciudadanos y compatriotas esta advertencia: "Señores, contra los franceses no se lucha con 300,000 uniformes flamantes". Como si dijera: Señores que confiáis en el equipaje, en el armamento, en los elementos que pueden dotar a 300,000 hombres, habéis de saber que para luchar hacen falta además de eso trescientos mil hombres con el espíritu dispuesto a sacrificar todo, su comodidad, sus intereses, hasta su propia vida en aras de la patria y eso es un poco más difícil de disponer.

Bien está la advertencia, estimados hermanos, que me escucháis y tiene aplicación en nuestro caso. Soñamos en grandes empresas, contamos con numerosas defensas en favor de la civilización cristiana, dormimos tranquilos repasando en nuestra mente los números y contando los cristianos por miles de millones. Yo me pregunto y os pregunto a vosotros: donde están entre nosotros esos hombres o jóvenes idealistas, entusiasmados de los ideales de justicia y verdad, capaces de sacrificar en cualquier momento sus propios intereses, su propia comodidad, su posición agradable... abnegados, heroicos prontos a todo para llevar a la práctica los postulados de la justicia y de la caridad.... dónde están y cuantos son? No nos veremos precisados a reducir el número de las fuerzas del frente de la paz y del orden cristiano si solamente vamos enumerando los que realmente tengan esa disposición de ánimo necesario para llamarse y ser soldado de la milicia de Cristo? No son un ingente número los que se conforman con salvar las apariencias, las formas externas, los ritos sin preocuparse de algo más?

--***

Un célebre escritor de nuestros días ha clasificado a los hombres en dos grupos; también los cristianos estamos incluidos en esa clasificación. Dice que no hay más que dos clases de hombres: los satisfechos y los insatisfechos. Los primeros son los acariciados por la fortuna y la suerte, los que disfrutan de los frutos de la prosperidad y progreso, los contentos con el estado de cosas existente, los que encuentran el único reino de Dios apetecible en lo que ya poseen y tienen y nada más tienen que suspirar. Indudablemente son los menos. Por otro lado están los insatisfechos y a estos a su vez yo les clasificaría en dos grupos: en un grupo los pondría a los que se sienten insatisfechos precisamente porque carecen de lo mismo que disponen los satisfechos, carecen de bienes de fortuna, de medios de disfrutar y gozar en la tierra. Son la inmensa turba de los que llevan en sus pechos un afán de revancha y un ansia de revolución para trocar los papeles. Por último hay otra clase de insatisfechos, que son precisamente aquellos de los que nos habla Jesucristo en el prólogo de su mismo Evangelio cuando audazmente se atreve a calificarlos bienaventurados... que son los que lloran y tienen hambre y

sed de justicia, los mansos, los pobres... Son estos precisamente los únicos soldados con los que puede contar Dios para la implantación del reino de los cielos en la tierra, son éstos únicamente los que pueden labrar ese reino de Dios en la tierra.

Cuántos son? Pocos, muy pocos. Y con esos pocos, muy pocos puede contar nuestra civilización cristiana para su defensa y para su difusión. Ellos son los únicos capaces de sacrificar los bienes personales, la tranquilidad y la paz personal, la comodidad propia en aras del bien de los demás, en aras de la verdadera justicia y caridad.

Por algo encontramos en el prólogo del Evangelio el sermón de la montaña en el que Jesucristo nuestro Señor hace la selección de los que van a componer su reino y van a constituir su milicia diciéndonos que son bienaventurados los mansos, los que lloran, los que padecen hambre y sed de justicia... únicamente estos podrán seguir comprendiendo el resto del Evangelio, únicamente los que pasen por ahí serán los capaces de comprenderlo en toda su integridad. Únicamente los tales serán algo más que apariencia y forma de soldados de Cristo.

--*--

Vayamos adelante. Para ser soldado de Cristo, para ser cristiano auténtico hace falta esa disposición de ánimo, que hemos expresado.

Pero ser cristiano no es solamente poseer la verdad, sino es sobre todo practicar la verdad, que es lo mismo que hacer el bien.

Recuerdo una observación que a este propósito hace un pensador de nuestros días. La postura del cristiano, dice, en nuestro mundo no es solamente la de quien lleva en la mano la bandera de la verdad, sino la de quien al mismo tiempo es reconocido culpable de la verdad que no ha realizado. Muy bien. Así es en efecto. Ser cristiano no es solamente poseer en la mente la verdad. Admitir la verdad de un Dios padre, al mismo tiempo providente, la fraternidad de todos los hombres, su destino común y su dignidad común y su derecho común a participar de los bienes que Dios derrama sobre el mundo. Ser cristiano es practicar, plasmar todo ese en la vida, realizarlo en todos los órdenes.

Nos dirigimos al mundo y le decimos nosotros: Señores, hay un Dios, que es padre común de todo el género humano, un Dios a quien tenemos que amarle, todos los hombres somos hermanos y debemos respetarnos como tales, todos estamos llamados a la misma herencia eterna. Y el mundo y la realidad nos responden exponiéndonos esos abismos que separan a los llamados a la misma herencia y suerte común, esas diferencias de clases enormes, esos odios y luchas de clases, esa indiferencia de unos para con otros, esa imposibilidad práctica de que todos participen equitativamente de los beneficios de la civilización, esos privilegios a que siguen aferrándose los unos...

Nos dirigimos al mundo y proclamamos el derecho de propiedad, como una cosa sagrada, como un presupuesto y elemento indispensable para salvaguardar la dignidad de la persona humana y la realidad social de nuestros mismos pueblos cristianos clama reprochándonos que las nueve décimas partes de nuestro pueblo no tienen nada de nada.

Nos dirigimos al mundo y levantamos la bandera de la libertad, que es el sentimiento fundamental en que se cifra nuestro noble orgullo de hombres y la realidad social nos echa en cara que la libertad tal no existe para las nueve décimas partes de nuestros pueblos cuando afixiados por las necesidades económicas y obligados a trabajar a todas horas para ellos no existe ni sol ni aire.

Nos dirigimos al mundo para proclamar el deber de educar a los propios hijos y la realidad nos echa en cara que solamente les es posible y donde pueda hacerse gratuitamente a la inmensa mayoría de nuestros padres, que por otra parte no ven ninguna perspectiva ~~de superación~~ de superación para los mismos más que la suerte o el azar, pues las conquistas de la civilización, los institutos y las universidades no están abiertas más que para los pocos afortunados.

Y así nos va ocurriendo con tantas cosas.

Si ser cristiano no fuera más que poseer la verdad, si bastaran los cristianos que la abrazaran, entonces podría decirse que también un disco de gramófono puede ser cristiano y hacer nuestras veces, pues también el celuloide en el que se han impreso esas verdades podría ir haciendo resonar esas verdades por todos los ámbitos de la tierra.

Discutiase en cierta ocasión entre rabiosos demócratas si se debía seguir respetando al Rey su título o también había que llamar por su propio nombre. Hubo uno que resolvió el problema diciendo que el título del Rey no era propiamente un título de nobleza, que está mal conservarlo en un país verdaderamente democrático, sino que era una profesión.

Se r cristiano no es título de grandeza o nobleza, sino más bien es una profesión, una profesión heroica y difícil, profesión de justicia y de verdad, del amor y de la caridad.

Hoy el cristiano tiene que ser el hombre que se vuelca, que se desvive, que se sacrifica para llenar esos abismos que separan a los unos de los otros, lo mismo en materia económica como social y moral. Por eso que recientemente el Gran Papa Pío XII señalaba a los hombres de A.C. como consigna para su acción apostólica la redistribución de los bienes. No vamos a creer que con redistribuir los bienes, con darles a todos más bienes, se va a resolver el problema del mundo; pero esa redistribución va a ser el testimonio indispensable de nuestros sentimientos de paternidad común de Dios y fraternidad de todos los hombres. Por ahí debía de comenzar la batalla para librar al mundo de los males que lo amenazan. Por ese camino no solamente cabe hacer frente a ese ingente, pero sobre todo compacto ejército de los 20 millones de comunistas de que nos hablan las estadísticas y de los que 12 millones se encuentran en Europa. Bastan ellos para hacer commover los cimientos de nuestro orden y de nuestra civilización porque ellos representan, no uniformes, sino una fuerza firme y verdadera y además llevan delante una bandera, que simboliza muchas verdades, que nosotros los cristianos hemos dejado de llevar a la práctica. Si un ángel que ha escuchado desde la lejanía del cielo el eco de la predicación evangélica, el eco de ese magnífico sermón de la montaña, viniera a la tierra y quisiera discernir quienes son los que han escuchado a Cristo, tal vez se encontrara con que no menos que en las filas y ejércitos de uniformes cristianos hay individuos y personas que sienten esas cosas entre los enemigos de enfrente, entre esas fuerzas de la violencia y barbarie.

Hay que terminar, queridos hermanos con este escándalo y precisamente para eso se invita hoy particularmente a, los hombres. A eso vienen esas legiones de A.C., pues como ha reconocido el Papa recientemente o nos despertamos a la plenitud de la conciencia cristiana y somos fieles a la misma a cualquier precio o lo demás perecemos.

Pero, como he advertido también antes en la Iglesia no se quiere que esta invitación signifique propiamente un alistamiento y una adhesión inmediata a la A.C., sino se quiere que todos conozcan los que es la A.C. en las reuniones que iremos celebrando y luego determinen qué deben hacer. Se espera así mismo que tampoco nadie rehuse la A.C. sin conocerla. Ya conozco la objeción de muchos. Dirán que la conocen porque conocen a algunos militantes de A.C., tal vez a algunos militantes tibios o hasta infieles. Pero eso es como si dijeran que conocen el cristianismo, lo que es el Cristianismo porque conocen lo que son los malos cristianos.

Aceptad, pues, queridos hermanos, esta invitación, que de los hombres, de su madurez y experiencia y prestigio se necesita para llevar adelante muchas cosas que van a ser en beneficio de todos.

1º Hombre - base de todo - principio de todo...
Cual el hombre tal le sociedad - ni aquel pequeño - justo... verdad
verdad - así -

2º El hombre no nace... le hace. Cultivo... Desplegar los talentos
cultivos = educación -

El clima... favorable... un ambiente... hay que crear
Le sociedad activamente... de dos hombres... sabios ni buenos?

3º Mater de la educación... repetición... de un caso... alma: no puede
ni... albedríos... su voluntad -
Hombre ni educación... es animal

El hombre libre... no es con su ni educado.
Para ser educado... hay que tener caudal de sentimientos
generosos y bondadosos -

4º La educación tiene un pedron... El uno refiere
1/ la sociedad - es el clima... para esto... los pedron tienen
que organizarse... el caso de la vida pública... terríficos
esa técnica -

El progreso del pueblo depende de la educación de los hijos...
pero a su vez la educación de los hijos depende del
clima...

Si lo fundamental... es hacer hombres
en clima propio... y pueblo... en cuyo seno
constituirse... todo... conseguir familias